

Ciencia, conciencia y creencia. Una perspectiva martiana

Armando Hart Dávalos

Director de la Oficina del Programa Martiano.

En ocasión del aniversario 150 del nacimiento de José Martí, *Temas* entrevistó a Armando Hart. Dirigente histórico de la Revolución, antiguo ministro de Educación y de Cultura, actual director de la Oficina del Programa Martiano. Su visión sobre la historia de las ideas, el conocimiento social, la fe y la cultura del socialismo, junto a otros problemas, ofrece un testimonio excepcional.

Temas: *Como político, y desde su posición al frente del Programa Martiano, usted ha insistido mucho en la necesidad de vincular el pensamiento cubano actual con la tradición intelectual de los dos siglos anteriores. ¿En dónde radica ese entronque? ¿Cuál es el hilo conductor entre los filósofos del siglo XIX y los problemas de hoy?*

Armando Hart: He interpretado la misión que se me ha encomendado de promover el pensamiento de José Martí destacando todo lo que se mueve en torno al crisol de ideas del Apóstol, que abarca dos siglos de historia. Para hacerlo, es necesario remontarse a los orígenes de la cultura cubana, de la formación de la conciencia nacional, y llegar hasta la actualidad. Nuestro interés ha sido demostrar que la tradición intelectual

cubana considera —como decía Luz y Caballero— que el conocimiento es uno, aunque se divida en distintas ramas. Y que la ciencia no excluye; sino, al contrario, supone las manifestaciones de la conciencia social, incluidas la eticidad y la fe, según se refleja en la historia de las ideas en Cuba. En nuestros días se impone profundizar en esta tradición.

Luz y Caballero dijo que Félix Varela fue el hombre que nos enseñó a pensar. Podríamos agregar: Luz nos enseñó a conocer, y Martí, sobre la base de esta tradición y de su genio, a actuar. Por último, sobre estos fundamentos, Fidel Castro nos ha enseñado, y continúa enseñándonos, a vencer. Pensar, conocer y actuar en función de los intereses de los pobres y de toda la humanidad están en la raíz de la cultura decimonónica cubana. Su valor se encuentra en que es parte inseparable de la latinoamericana y caribeña, representada en Simón Bolívar y los próceres y pensadores de la «América de los trabajadores», como la caracterizó el Apóstol cubano, quien también la denominó «nuestra América», para diferenciarla de la otra, la que no es nuestra. Se trata, pues, de la vocación de universalidad caracterizada por

El Libertador en lo que llamó «nuestro pequeño género humano».

En la tradición cubana y latinoamericana podemos encontrar los antecedentes de las ideas políticas y del pensamiento social cubano que, más tarde, en el siglo xx, se articularon con la cultura europea de Marx y Engels para insertarse en nuestra identidad a partir de la interpretación original, como siempre lo ha hecho América Latina con lo que ha llegado del exterior. Por esto insistimos en que el ideal socialista en Cuba se orienta por la interpretación de Mella, Martínez Villena, el Che y Fidel. Asumimos la historia del socialismo en el siglo xx a partir de una visión crítica y apoyándonos en una vieja institución del Derecho romano que preveía la aceptación de herencias a beneficio de inventario. De esta manera no tenía que cargarse con las deudas.

Investigar, estudiar y promover los vínculos que unen a todos estos componentes espirituales —piezas maestras de la tradición intelectual de la historia occidental— sobre el fundamento de una síntesis universal de ciencia y conciencia. Ello constituye una necesidad objetiva para salvar la civilización occidental del caos creciente.

Está a la vista la fractura de las bases éticas, políticas y jurídicas de las sociedades más desarrolladas de Occidente, y en especial la norteamericana actual, que constituye, como se sabe, el poder hegemónico del capitalismo mundial. Puedo poner muchos ejemplos, pero no es necesario, están bien a la vista.

Por estas razones, y en cuanto a Cuba y sus tareas educativas, científicas y sociales inmediatas, se impone el fortalecimiento jurídico y cultural sobre la base de la historia nacional, latinoamericana y universal; es necesario hacerlo con independencia de los procesos intelectuales acaecidos en otras zonas del mundo. Luego se podrían hacer las debidas comparaciones. De esta manera, estaríamos actuando en la forma en que expresamente nos aconsejó Carlos Marx.

No permitimos, como subrayó Fidel en *La historia me absolverá*, que Martí muriera en el año de su centenario. Y hoy, al cumplirse en este año 2003 el 150 aniversario de su natalicio, Cuba, América y el mundo necesitan su mensaje enriquecido con la Revolución que se inició en el Moncada. Los gravísimos problemas descritos y denunciados por José Martí en su tiempo han adquirido un nuevo significado y un carácter más peligroso. Se está llegando a extremos que solo pueden enfrentarse con la mejor y más valiosa historia científica y espiritual de nuestra América.

Para avanzar hacia una escala superior de esta cultura, es preciso estudiar métodos de investigación que tomen en consideración la realidad, y promover la acción transformadora a favor de la justicia. Propongo adoptar

como punto de referencia la cultura gestada en el país en la primera mitad del siglo xix.

Si tomamos una categoría extraída de las ciencias naturales y la aplicamos a la historia de las ideas, podríamos observar que en las décadas forjadoras de la conciencia nacional la cultura occidental produjo en Cuba una singularidad. Es necesario estudiarla para conocer los retos que tenemos en el siglo xxi.

Temas: *¿Cómo se proyecta el componente de la fe, de los valores religiosos, en esta acumulación cívica y cultural? ¿En qué medida se desarrollaron en paralelo con el pensamiento científico y político?*

Armando Hart: Esta cultura viene definida por el hecho de que en el magisterio de Varela y en el de su discípulo, José de la Luz y Caballero, no se trazó antagonismo entre ciencia y ética. Ni tampoco entre ciencia y fe en Dios. En Luz y en todo el abanico de las ideas de nuestra Ilustración decimonónica —1790-1868— constituye un valor especial haber asumido con lealtad insuperable los principios culturales del cristianismo; es decir, las aspiraciones de redención del hombre en la tierra y, a la vez, las ideas científicas y filosóficas más avanzadas de la modernidad europea de su época. En este sentido, se situaron por encima de la Europa de la primera mitad del siglo xix.

Había que luchar por la independencia del país y la abolición de la esclavitud para formar la nación; de otra forma no se lograba. Estas exigencias económico-sociales les brindaron una dimensión y alcance universales a las ideas redentoras cubanas. Hombres como el Obispo Espada, José Agustín Caballero, Félix Varela y el propio Luz le abrieron, desde la ética cristiana, caminos revolucionarios al pensamiento científico cubano y, en especial, a la política revolucionaria. No es fácil encontrar otro país que, desde la ética cristiana, haya abierto un camino válido para creyentes y no creyentes, y cuyo diseño quedó fijado en el sello forjador de la nación. Creo, incluso, que los religiosos debieran pensar en esto.

De esta forma, los patriotas ilustrados, surgidos de las aulas del Maestro, pasaron a integrar una profunda identidad de ideas y acciones generosas para con los esclavos, los campesinos y los trabajadores explotados, que se sembraron en el alma de la patria. Esta alianza comenzó a materializarse cinco años después de la muerte de José de la Luz y Caballero, es decir, el 10 de octubre de 1868. Su pensamiento pedagógico y ético se enraizó en los jóvenes estudiosos, y contribuyó de esta manera a la forja de la nación cubana, la cual alcanzó, desde su propio alumbramiento, una cultura política y social situada en la avanzada de la Edad Moderna. Porque en Cuba se asumió la cultura occidental en función de los intereses de la población trabajadora y explotada no solo del país, sino del mundo. Recuérdesse

que Martí echó su suerte no solo con los pobres de Cuba, sino de todo el orbe.

Es preciso que educadores, científicos sociales, y científicos en general, estudien con renovado espíritu crítico el proceso de desarrollo de la educación, desde aquellos años forjadores hasta nuestros días. Podríamos profundizar en este pensamiento, teniendo como punto de referencia la polémica filosófica de finales de la década de 1830, en la que Luz y Caballero desempeña el papel fundamental. Se ha reeditado esta obra. Resulta de gran importancia que todos los interesados en estas cuestiones, especialmente los jóvenes, puedan conocer de primera mano estos textos. Sin su conocimiento y estudio no puede haber filosofía en Cuba. Es más, no puede haber filosofía en nuestro país, desde el punto de vista del materialismo histórico, sin estudiar esa obra.

En el grupo de ilustrados cubanos que se reunían en La Habana y otras ciudades de aquella sociedad colonial y esclavista, la idea de Dios estaba en la conciencia individual, y la asumieron a partir de reconocerla en el amor al prójimo y a la humanidad, como la idea del bien y de la justicia, la que caracterizaban como «el sol del mundo moral». Por esta vía, creyentes y no creyentes podían asumir una cultura ética nacional y hacer una alianza de insospechado alcance. Esto fue lo que permitió a Fidel Castro decir, a principios de la Revolución: «Quien traiciona al pobre, traiciona a Cristo».

Colocaron la existencia de un Dios como cuestión de fe personal y como causa final y origen de la vida, que nace, crece y se desarrolla en la espiritualidad de cada individuo. Lo que solemos llamar «divinidad» se hallaba, pues, presente en su psicología particular e individual. Y aquello que llamamos «el reino de este mundo» —para emplear una expresión de Carpentier— debía estudiarse, describirse y ayudar a transformarlo a favor de la justicia, sobre el fundamento de la observación, la ciencia y la abstracción, de modo que este proceso permitiera encontrar relaciones con otras observaciones y realidades. Comenzaba Luz por la observación; por la enseñanza de la física, y a partir de ahí llegaba a conclusiones por medio de la abstracción, y estas últimas tenían siempre un carácter provisional. El principio cartesiano «duda de todo» estaba en el centro de su pedagogía. Sobre la base del más riguroso pensamiento científico, y partiendo de los hechos reales y concretos y de la abstracción encaminada a establecer sus relaciones con otros hechos, se intentaba descubrir posibilidades de promover y orientar la conducta del hombre para, en el ejercicio de su libertad creadora, forjar la cultura. La comprobación o confirmación definitiva estaba, para el Maestro, en los resultados alcanzados; es decir, en lo que se observa a través de la práctica humana; en este caso considerando la educación

como práctica sensible, con potencialidades presentes en la naturaleza humana.

Situar como aspecto central de su concepción filosófica la práctica de enseñar y mejorar al hombre está a tono con las más rigurosas concepciones científicas de nuestras ideas filosóficas. Nada del «Reino de este Mundo» estaba para los maestros cubanos fuera de la naturaleza, la que era sometida al más riguroso examen por el pensamiento científico y filosófico. En la primera mitad del siglo XIX, esto llevó a la cultura filosófica —subrayo filosófica— del país a una escala espiritual superior a la de Europa y los Estados Unidos de esa época.

Con la formación de las ideas filosóficas que hoy tenemos, a las que no renuncio porque constituyen piezas maestras de la cultura universal —me refiero a Marx y Engels—, puedo afirmar lo siguiente: resulta impresionante lo que estos intelectuales cubanos debatían, el espíritu que los animaba y las verdades a que arribaron a fines de los años 30 y principios de los 40 del siglo XIX. Se colocaron en la cumbre del pensamiento filosófico universal de su tiempo.

Ellos sembraron las semillas de la unión estrecha lograda en el Grito de independencia de La Demajagua y en la primera Constitución de la República, en Guáimaro, entre el pensamiento más avanzado del mundo de entonces y el combate para poner fin a la tragedia de la esclavitud y de la dominación colonial. Esta comunión de ideas y sentimientos estaba y está en la existencia misma de la nación. En la transformación radical que se proponían, la educación y la cultura eran aspectos básicos para el cambio histórico. Las situaban como epicentro del ideario cubano. Lo hacían, no en el terreno de las especulaciones metafísicas o de supuestas influencias ajenas a la naturaleza, sino como categoría de lo que se ha llamado «superestructura». Las colocaron así, como temas centrales de la práctica, ahí está la riqueza de su pedagogía y de su valor político, piedras angulares de la cultura cubana.

Es interesante observar que hombres tan representativos de la cultura nacional, como Enrique José Varona —de amplia formación científica y posiciones bien distintas a las de las autoridades eclesiásticas que acabaron imponiéndose en la historia de la Iglesia de Cuba—, calificado como positivista según conceptos europeos, resultó ser un admirador no solo de Martí, sino del sacerdote Félix Varela y del maestro Luz y Caballero, que también era católico.

La mejor tradición cristiana de la primera mitad del siglo XIX fue asumida por la cultura cubana desde una fundamentación científica rigurosa. Estos religiosos, al colocar la cuestión de la creencia en Dios como una facultad de cada hombre en particular y al situar lo que el teólogo de la liberación, Frey Betto, llama «la obra

El pensar cubano no se colocó, por cultura enraizada, por tradición heredada, en antagonismo con las creencias religiosas que, como postularon los Maestros, pertenecían al ámbito de la conciencia individual.

del artista» en el terreno específicamente humano y científico, le abrieron caminos insospechados al pensamiento cubano. Esto es realmente excepcional. Como se sabe, las ideas de Luz en los finales de su vida generaron contradicciones con la alta jerarquía eclesiástica, que se distanció del pensamiento de Varela y se puso radicalmente del lado del sistema colonial. Hay que tener muy en cuenta que los restos del Padre Varela están en una universidad que no era precisamente religiosa, y que incluso tenía choques de criterios con la alta jerarquía eclesiástica.

A pesar de esas contradicciones, el pensar cubano no se colocó, por cultura enraizada, por tradición heredada, en antagonismo con las creencias religiosas que, como postularon los Maestros, pertenecían al ámbito de la conciencia individual. Se asumieron en el terreno de la historia real, de la vida concreta, los principios éticos, morales y espirituales que nos venían de la mejor tradición del hombre que murió en la cruz. «En la cruz murió el hombre en un día; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días», dijo el Apóstol.

Temas: ¿Y Martí?

Armando Hart: La sensibilidad cristiana en su expresión cubana se observa en su forma más elevada y consecuente en José Martí. El ideal cultural y de dignidad humana, y su vocación de universalidad están en relación con el sentimiento ecuménico de Varela y de Luz. Estas lecciones de Luz deben valer para creyentes y no creyentes. Ello le brindó al pensamiento cubano un rechazo a toda visión dogmática. Esta cultura viene de hombres como el Obispo Espada; de Varela, ya mencionado, entre cuyos discípulos estaban José Antonio Saco, uno de los sociólogos y economistas más importantes en el Nuevo mundo; de José María Heredia, el poeta de la oda «Al Niágara»; de Domingo del Monte, promotor cultural, ensayista eminente; del científico Felipe Poey, entre otros, y, desde luego, del propio Luz.

En Martí esto se elevó a más alta escala cuando presentó las ideas de estudio-trabajo y expuso sus concepciones en torno a lo que llamó la ciencia del espíritu y los hechos espirituales. Recomendando leer lo que dijo sobre esto, así como sus ideas en relación con

el equilibrio entre los hombres y las naciones. Esto último es un aporte de trascendencia universal. Que no se le entienda todavía en la forma que corresponde, es algo que debemos tratar de resolver quienes tenemos un compromiso de honor con su legado.

Temas: ¿Cómo entran el marxismo y la herencia intelectual de Occidente en esa lógica con que usted está concatenando el pensamiento cubano?

Armando Hart: Si comparamos la cultura de los tiempos de Varela y de Luz con las ideas políticas y sociales europeas de la época posterior a 1815, cuando la derrota de Napoleón en Waterloo y la instauración de la Santa Alianza —es decir, desde la primera gran crisis de la modernidad hasta los movimientos democráticos y populares de la década de 1840 cuando emergió con fuerza el pensamiento socialista—, encontramos que en la Cuba colonial y esclavista en ese tiempo (1815-1845) surgió, por oposición a tanto oprobio, una sabiduría filosófica y política más rigurosa que la de Europa en ese mismo período. Ello fue posible precisamente porque superó la herencia reaccionaria de determinadas corrientes de la escolástica, que nos representamos en la Inquisición, y porque se situó del lado de los pobres. En fin, la cultura de Varela, de Luz y Caballero y de la intelectualidad cubana forjadora en nuestro país de la modernidad europea, estuvo asentada en el pensamiento científico más riguroso e inspirada en una espiritualidad de raíces éticas y culturales cristianas.

Desde un punto de vista histórico universal, la cultura representada en los fundadores del pensamiento cubano, ubicados entre 1790 y 1868, se desarrolló paralela a los tiempos anteriores a que en Europa se elaboraran el pensamiento y la filosofía del socialismo. Marx se enfrentó a la cultura europea, que era una consecuencia de la larga evolución intelectual y científica del Viejo continente y la sometió a una crítica rigurosa. Pues bien: esa cultura objeto de análisis por Marx y Engels tenía diferencias sustanciales con la de Varela y Luz. Marx hace un enfrentamiento con la cultura en Europa; la de Varela y Luz tenía también sustanciales diferencias con ella. Cuando Luz señala que «todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela», estaba haciendo rechazo a todas las escuelas que Marx criticó de manera radical con posterioridad.

Marx dijo alguna vez: «hay que educar a los educadores». En Cuba no había que educarlos. Ellos educaron a hombres que se convirtieron en revolucionarios. Las categorías del Prometeo de Tréveris no pueden aplicarse mecánicamente a la interpretación del proceso cubano de los tiempos de aquellos insignes maestros. Digo esto porque, como se sabe, algunos han expresado que Luz pertenecía a la burguesía nacional. Estas categorías no pueden aplicarse a nuestra historia. El propio Marx dejó constancia de su oposición a toda trasposición mecánica de sus conclusiones sobre el proceso histórico en Europa occidental, rechazando la idea de una teoría general de la filosofía de la historia. Fueron precisamente Engels y Lenin quienes aportaron la interpretación válida acerca de los geniales descubrimientos del sabio alemán, cuando la definieron, respectivamente, como «un método científico de investigación» —Engels— y como una «guía para la acción» —Lenin. Hay que asociar las conclusiones de Marx sobre la historia europea y universal, hasta su época, con su espacio geográfico; es decir, el Viejo continente, y con su tiempo histórico. Espacio y tiempo diferentes exigen enfoques también distintos, y hoy estamos en América Latina, en los albores del siglo xxi.

Por esto, solo comparando la época y el proceso histórico europeo, estudiado por Marx y Engels, con el cubano del siglo xix, y extrayendo después conclusiones, podremos ser consecuentes con sus enseñanzas en nuestro país. Para defender los intereses de los trabajadores y explotados de Cuba y el mundo, hay que desterrar de nuestras mentes todo vestigio de interpretación de sus ideas como una teoría general de la filosofía de la historia, válida para todos los tiempos y lugares. Esto —lo diría el propio Marx— es «hacerle un escarnio a sus ideas». Descubrir un método de investigación y una guía para el trabajo político, social y económico es un aporte genial. ¿Por qué darle otra interpretación a lo que ya tiene un valor enorme en sí mismo? Salvando, desde luego, las enormes diferencias, cuando alguien me preguntó por qué yo insistía tanto en Marx, dije: porque inventó las tablas de sumar, restar, multiplicar y dividir en las ciencias sociales y económicas. Y se me podría decir: no basta con las tablas, también se desarrolló toda la matemática hasta el álgebra superior y hasta la física cuántica. Pero sumar, restar, multiplicar y dividir ya es un invento grande, sin el cual no existiría la ciencia moderna.

Al estudiar con visión actual, y partiendo de la formación científica y filosófica que hemos recibido del materialismo histórico, hay puntos en Luz y Caballero que mueven a la más consecuente reflexión filosófica. En su obra *Las ideas y la filosofía en Cuba*, texto imprescindible para quienes se interesen en la historia

del pensamiento cubano, Medardo Vitier, padre de Cintio, destaca como una de las claves de la concepción de Luz que «el criterio sobre la verdad no radica objetivamente en el mundo exterior, no radica subjetivamente en nosotros; surge, se organiza como una congruencia entre lo objetivo y lo subjetivo». Sería de interés examinar esta conclusión. Hagámoslo a la luz del pensamiento de Marx en las *Tesis sobre Feuerbach*. Dicen Marx y Engels en la primera de ellas:

El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido Feuerbach— es que solo concibe las cosas, la realidad, la sensorialidad, bajo la forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensorial humana, no como práctica, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado activo fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero solo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal.

Es decir, conciben como defecto fundamental del materialismo anterior el no tener en cuenta al sujeto, a lo subjetivo, a la sensorialidad como práctica humana. ¡Cuántas polémicas tuvieron lugar desde los años 60, cuando el Che y Fidel destacaron el valor de lo subjetivo, y el papel del hombre en los procesos históricos!

Hay que probar la raíz materialista y el fundamento científico de la facultad humana de crear vida espiritual. En realidad, está confirmado por la evidencia que «no solo de pan vive el hombre». No lo dijo un científico, pero es una verdad científica. Es una de esas verdades sencillas que, parafraseando a Engels, podríamos decir que también permaneció oculta en la maleza ideológica de siglos. A esto se refería Engels cuando afirmó: «La civilización ha realizado cosas de las que distaba muchísimo de ser capaz la antigua sociedad gentilicia, pero las ha llevado a cabo poniendo en movimiento los impulsos y las pasiones más viles de los hombres, y a costa de sus mejores disposiciones». Yo diría: maestro Engels, ¿dónde están las mejores disposiciones? Y seguro me contestaría: en la naturaleza humana.

Tanto en un caso como en el otro —los impulsos más viles y las mejores disposiciones— están en la naturaleza humana, como un factor clave de las condiciones y actitudes del hombre.

Temas: *Esas antinomias que usted ha mencionado (físico/espiritual, incentivo moral/incentivo material), ¿cómo se plantean en el contexto de la cultura revolucionaria de las últimas décadas?*

Armando Hart: Lo más importante consiste en que el pensar filosófico cubano promovió el lado activo en favor de la justicia en su forma radicalmente universal y lo hizo con métodos de investigación científica de la naturaleza. Esto es lo que nos ha ayudado a ser revolucionarios. Dinamizarlo sobre el fundamento de la interpretación cubana del materialismo histórico está